

Pregón de la Semana Santa 2005



Desde una estrella resplandeciente, José Antonio Aznar relata la Pasión

Ilmo. Vicario Episcopal
Sr. Cura Párroco
Delegado Diocesano de Cofradías
Sr. Alcalde
Sr. Juez
Sr. Presidente de la Federación Local de Cofradías y Hermandades de Semana Santa y Consejo Rector Entidades Cofrades
Televidentes
Amigos todos

Me encuentro aquí, en este privilegiado ambón, como protagonista inevitable del Pregón de nuestra Semana Santa, cuando debería ser sólo el pregón, el verdadero sujeto en el decurso del tiempo, vehículo de quien pretendió revivir la Semana Santa de cada uno de los crevillentinos, y que en su corazón lleva su propio pregón.

Muchos y buenos han sido los destacados pregoneros, que en mi humildad aplaudo, con maravillosas expresiones fruto de sus conocimientos, orlados de bellezas literarias, que han ensalzando la Semana Mayor crevillentina. Esta noche tengo un reto importante: llegar a complacer a todo un pueblo, precisamente, en el vigésimo quinto aniversario de la Federación Local de Cofradías y Hermandades de Semana Santa, que se cumple este año.

La Federación, tal como ya dije en la noche del homenaje a D. Antonio Borrue, nuestro primer Presidente, nació en una noche que deseábamos que no terminase porque se gestaba la unión de nuestras cofradías. Federación que surgió como logro de comisiones, juntas, patronatos. Organismos, todos ellos, rectores de la Semana Santa.

Nació con autonomía, autogestión, como un fruto maduro que había brotado de nuestros ayuntamientos y que, como tal, quisimos mantener. Era nuestro deseo enlazar con los Pregones naci-

dos en el lejano 1946 y, entre otros, los de Candela, Medrano, Duyos y Tarancón, por citar algunos.

Pero la Semana Santa era del pueblo, y no sólo era para reflexionar sobre lo que le pasó a Jesús de Nazaret, sino para sentir entre nosotros a ese mismo Jesús que, desde el poder, todavía padece.

Por ello, se inculcó a jóvenes y adolescentes la afición por la Semana Santa con concursos literarios y de dibujo; se infundió el emotivo sentido de la Pasión con charlas cuaresmales; se recogió esa armonía orante que es la música de nuestras conmemoraciones pasionarias: Dianas, Marchas, Dolores. Se acogieron nuevas cofradías: Difuntos, Traslado, Perdón; se alentó la cultura pictórica a través de las muestras de nuestros pintores; se quiso ensalzar nuestra revista dotándola de una función documental, histórica, tradicional y culta. Se organizaron grandes conciertos y representaciones teatrales, y, sobre todo, se quiso consolidar la sonora llamada de nuestras Bandas de Clarines, Cornetas y Tambores, con certámenes llegados hasta hoy como innegable Convocatoria de la Semana Santa.

Así llegamos a una Semana Santa llena de aportaciones de personas, sentimientos, intereses, gustos, y, en especial, de trato con gentes solidarias. Se vive con intensidad, con la voluntad del pueblo y su experiencia, en donde nada se improvisa. Todo está preparado y medido para que hasta los pequeños detalles como flores, alhajas, vestidos y coronas, envejecidos con el tiempo, salgan a relucir en la maravillosa tarde del Dimecres Sant. Vivimos, pues, la Semana Santa, pero en ocasiones olvidamos la realidad que debemos sentir, que es la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo.

Desde tiempos remotos, ha sido unánime el respeto con el que se ha tratado la Pasión de Jesús. Tomando como



«Se vive con intensidad con la voluntad del pueblo y su experiencia, en donde nada se improvisa»





«La satisfacción de portar tan gran personaje se reflejaba en la cara del jumento»

ejemplo las Bellas Artes, encontramos arquitectos como Brunelleschi, que dedicaron templos, capillas, iglesias o basílicas a la Crucifixión o la Santa Cruz, al Santo Sepulcro, etc. Asimismo, escultores con imágenes, retablos y conjuntos como Berruguete, Gil de Siloé, Miguel Ángel, Salzillo y todos los nuestros. Descubrimos pinturas en La Biblia de Ávila con ilustraciones miniatadas, pasionarias, y grandes pintores como Leonardo da Vinci, Giotto, Durerro, El Greco, Velázquez, Tiziano, Tintoretto. Músicos, como Haendel (Resurrección y Mesías), Mozart (Requiem), Pergolesi (Stabat Mater). También Bach (Pasión de San Mateo y Pasión de San Juan), Penderecki (Pasión de San Marcos y Crucifixión). Y escritores, como Los Cuatro Evangelistas, Papini, Vilariño, Gabriel Miró. Incluso el Séptimo Arte muestra también grandes obras como Intolerancia, de Griffith; Perceval el Galo, de Rohmer; La Túnica Sagrada, de Koster; Rey de Reyes, de Nicholas Ray; o La Pasión de Cristo, de Mel Gibson.

¿Quién no admira la Pasión? Yo he sido, y soy, un enamorado de la Pasión y de la lectura de los Evangelios. Como buen Piscis, soy sensible, a menudo exaltado y con súbitas evasiones, a veces incomprensibles para los de mi entorno. Permanecen en mí, desde mi juventud, las palabras de mi profesor de religión, el padre Gisbert, pronunciadas en una clase: "Cuando muera pediré al Señor estar en la estrella cuya luz llegue a la tierra en el momento de su Pasión". Y ¿por qué no yo?

Me gusta mirar al cielo y contemplar las estrellas; alguna vez he intentado buscar la mía en la Constelación de Piscis, entre Aries y Pegaso. Una noche, sentado en un cómodo sillón mirando el firmamento me fijé en una estrella, potente, con un extraño resplandor. Me sentí transportado a un lugar que parecía haber visto con anterioridad: caminos polvorientos, naranjos, palmeras y almendros todavía en flor. Una gran multitud vestida con sus mejores galas; mayores y pequeños, seguían a un hombre al que llamaban Jesús, nacido en Belén y que había vivido algún tiempo en Nazaret. El tropel de gente se iba engrosando cada vez más; iban, incluso, sacerdotes del templo y entre todos sobresalía "su figura gigante" montada

sobre un jumento recogido en Bethfage, ciudad situada entre Betania y Jerusalén, hacia donde al parecer se dirigían. Entonaban cánticos, llevaban palmas, ramos de olivo, flores y Él parecía bendecirles con su mano. Alguien decía que la satisfacción de portar tan gran "personaje" se reflejaba en la cara del jumento, que era igual que nuestra *Burreta* de Benlliure. Llegaron al templo alrededor del mediodía. De regreso a Betania envió a dos de los suyos a Jerusalén diciéndoles: "Aparejad la Pascua". Las señas eran pedirle a un hombre con un cántaro, llamado Asaf, que buscase un lugar para reunirse y celebrar la Pascua.

Quizá recordaría su encuentro con aquella mujer Samaritana, a quien pidió de beber y a la que ofreció darle agua de una fuente de "agua viva". Muy bien vestida de blanco y cabeza cubierta de un manto rojo, bonitos pendientes y aros en sus dedos; causaba admiración y estaba asombrada porque nunca un judío hablaba con un samaritano y, mucho menos, con una mujer. Iba con un cántaro a recoger agua del pozo de Sicar; era muy hermosa.

*Jesús repara en la mujer aquella
guía y flor de hermosura de Samaría
y se dirige a ella blandamente:
"Mujer, dame que beba de ese agua"*

Después que hubo descansado en Betania con el resto de los suyos, se dirigieron a Jerusalén a cumplir con el precepto de la Pascua y entraron por la Puerta de las Aguas. La Pascua comenzaba el catorce de la luna del Nisán y al crepúsculo se sacrificaban los corderos en el templo. Todos los peregrinos permanecían en Jerusalén durante esa semana (Josefo, historiador, cuenta que había más de dos millones y medio).

El lugar buscado era amplio, cómodo, alfombrado; una mesa larga y los discípulos agrupados en los triclinios de a tres; Jesús en el centro. Muchas son las pinturas de la Cena, entre ellas la de Juan de Juanes, cuya figura de Cristo preside nuestro maravilloso Tabernáculo o la de Andrea del Castagno. Quizá la más conseguida, la de Leonardo da Vinci, pintada durante su estancia en Milán, en el convento de Santa María, a finales del siglo XV. Al terminar la cena, con gesto de humildad,





Pregón 2005
Semana Santa



Jesús tomó un lienzo, se lo ciñó y comenzó a lavarles los pies; sin embargo Pedro no quería.

*¡Oh estupor de los rudos pescadores!
"No lavarás mis pies", Pedro clamaba
sin atisbar los signos redentores*

Al final, quiso que fuera lavada también "su cabeza". Se notó un gran silencio. Desde el local contiguo apenas se escuchaban murmullos. Debió partir un pan que quedaría en la mesa porque se oyó decir: "Tomad y comed; éste es mi cuerpo". Igualmente se escuchó: "Bebed todos de él porque ésta es mi sangre". Jesús había dado a beber el cáliz de su pasión.

Se dice que Pedro se llevó el cáliz a Roma. A la muerte del Papa Sixto II, su diácono Lorenzo lo llevó a Huesca y de ahí pasó al Monasterio de San Juan de la Peña, trasladado por el Obispo de Huesca, huyendo de la invasión sarracena. Alfonso V lo trajo a Valencia en 1424, y es venerado en su Catedral desde 1437. Muchas son las leyendas

sobre el Santo Grial, particularmente ensalzado por el gran músico alemán Wagner en su obra Parsifal. Es una historia que continúa ahora hecha Fe y Amor ante el Cáliz del Señor.

Al final de la Cena, tras el canto del Hallel (Himno final) salieron del Cenáculo atravesando las calles solitarias oscuras y estrechas. Pasaron por el barrio Ofel, bajando al Valle de Josafat por donde corría el torrente Cedrón. Lo cruzaron y llegaron al huerto de Getsemaní ("lagar de aceite"). Era un huerto de olivos, tal vez de algún amigo de Jesús. Escogió a sus discípulos preferidos: Pedro, Santiago y Juan, y los llevó consigo. Pronto los tres quedaron dormidos. Él empezó a sentir miedo y comenzó a orar.

Notó sobre sus espaldas el apoyo de un joven alado, enviado por su Padre para que le reconfortase. Alzó su mirada y vio entre la espesura del olivo un cáliz: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz". Y Cristo ruega al Padre Omnipotente: "Tu voluntad se cumpla y no la mía".



«Una mesa larga.
Los discípulos
agrupados en los
triclinios de a
tres; Jesús en el
centro»





«En la lejanía el gallo de la Pasión cantó. Pedro se sintió compungido humillado y se arrepintió»

Del otro lado del Cedrón, brillaban luces y resplandecían armas. Era una turba comandada por Judas para prender a Jesús. Llegaron al huerto y el clamor despertó a los suyos. Judas se adelantó y puso un beso sobre la mejilla del Maestro: era la señal.

*Quiebra la paz del huerto recatado
la sacrílega plebe desbordada.*

*Suena un beso infernal, brilla una espada
y se abate la oreja de un malvado*

Pedro no se pudo reprimir y cogiendo una espada hirió a un siervo del Pontífice llamado Malco, seguramente conocido por Juan y por eso lo refiere en su Evangelio, cortándole la oreja.

Judas, que había salido apresuradamente desde el Cenáculo para cerrar el trato, salió igualmente de Getsemaní para devolver las monedas, arrepentido de su traición. Se las rechazaron porque no podían mezclar ese dinero, precio de sangre, con los tesoros del templo. Se ahorcó, y con ellas pagaron su entierro en el Haceldama ("campo de sangre").

Jesús fue conducido con toda cautela, evitando así ser Rescatado. Tenían que llevarlo ante Caifás, pero pasaron por casa de Anás; Caifás era Pontífice aquel año y era yerno de Anás. Pedro y Juan de Zebedeo lograron entrar en la casa. Grande, espaciosa, capaz de albergar a la multitud de curiosos que querían saber qué iba a pasar con el Nazareno. El peristilo, con grandes arcadas, descubierto, dejaba ver el cielo del Nisán. Había pequeñas fogatas para abrigarse y algunos atizaban braseros. En uno de ellos, una mujer con un turbante blanco sobre su cabeza vio a Pedro y enseguida lo reconoció. "¿No eres tú también de los de ese hombre?" Pedro, sorprendido, lo negó con aspavientos. Un soldado romano de los que acompañaba a la multitud se acercó preguntando qué pasaba.

Fue la noche "triste" de Pedro porque en casa de Caifás, donde luego fue conducido Jesús, le negó reiteradamente con juramento. En la lejanía un gallo, el Gallo de la Pasión, cantó. Pedro se sintió compungido, humillado, y se arrepintió. Salió desesperadamente y dirigiendo su mirada al cielo puso las manos cruzadas sobre su pecho, en actitud de oración; manos que me hicieron recordar a las de aquel futuro Beato

(Bautista) que sirvieron de modelo a las de nuestro San Pedro Arrepentido. Lloró amargamente: *flevit amare*

*Hasta el fin de sus días
dicen que lloró Pedro,
y quedaron labradas sus mejillas
por dos surcos inmensos*

Lo condujeron a Pilato, hombre que no simpatizaba con los judíos. Pero este reo era galileo, de Nazaret, por eso le mandó a Herodes, Tetrarca de allí. Lo recibió de nuevo Pilato porque Herodes no pudo escuchar respuestas de Jesús. Llegó con una túnica blanca, de candidato y aspirante a Rey; habló con él, no supo comprender SU VERDAD y le mandó azotar.

Correas, varas, ramales de cuerdas: eso eran los azotes. Le desnudaron, le ataron a la argolla de una baja columna, le azotaron y le escupieron. Una diadema de juncos y espinos entrelazados le pusieron sobre la cabeza, y con una caña como cetro entre las manos, le proclamaron Rey.

Pilato creyó buena coyuntura para liberar a Jesús el enfrenarlo con Barrabás, que había cometido un horrendo homicidio en una reyerta. Claudia, su mujer, le envió un recado: "No te metas con ese justo porque yo he sufrido mucho en sueños esta noche por Él".

Pilato, que se había acercado a la estancia en donde se había producido el tormento, al ver el castigo quedó conmovido ante aquella visión, quiso llamar la atención del pueblo y lo condujo ante la multitud, momento que me hizo recordar aquellos improvisados versos que redacté una noche, en el Archivo de la Federación, a nuestro Pas del Balcón:

*Pilato está indeciso,
ha buscado la VERDAD
en el coloquio con Cristo
y no la ha podido encontrar.
El paso del Ecce Homo
es un paso singular,
que con sus cuatro figuras,
sin balcón, con sobriedad,
nos remite al Evangelio
al narrarnos con frialdad
cómo se condena a Cristo:
¡¡ ECCE HOMO !!. "Aquí está"*

— "Irás a la Cruz" sentenció Pilato.





Con la cruz a cuestas iba Jesús camino del Calvario. La Vía Dolorosa pasaba por la Torre Antonia. Descendiendo un poco, volvía a elevarse al salir por la Puerta Judiciaria; angosta y empinada como nuestras calles, llegaba hasta el Calvario. La gente a la puerta de sus casas o desde ventanas y balcones ve pasar al Nazareno, contemplando el ignominioso tormento sólo dado a esclavos y criminales. Y el Nazareno avanza y

*Al pasar el Nazareno
quedaba la gente absorta
porque sus pasos dejaban
un reguero de amapolas.
Amapolas encendidas
como brasas, como gotas
del crisol incandescente
del amor, que se desborda*

El cortejo continúa, la Virgen toma su manto y lo va siguiendo acompañada por Juan. Se detiene cerca de una amplia explanada por donde va a pasar. Gente curiosa, a centenares, espera el momento. Jesús se adelanta al ver a su Madre; erguido, fuerte, disimulando su sufrimiento. El Nazareno gusta a todos. El mecenas crevillentino D. José Manuel Magro decía en sus cartas a su amigo D. Anselmo Mas: "(...) la escultura me gusta ahora mucho, muchísimo (...) y gusta más cuanto más se mira (...). Es la cara dulce, majestuosa, llena de bondad (...)".

La Virgen, llorosa, Dolorosa, le mira con ojos tristes que contagian su dolor, los brazos caídos, como desmembrados. Se han encontrado y surgen los aplausos. Hay voces que entonan cánticos, plegarias hechas sentimiento. Los ecos se escuchan lejanos. En Praga, la hermosa ciudad centroeuropea, en el puen-

te de Carlos, sobre el río Moldava, una escultura de Emanuel Max de 1857 tiene a sus pies la leyenda

*O vos omnes
qui transitis per viam
attendite et videte
si est, sicut dolor meus*

No sé qué se dijeron en ese momento el Hijo afligido y la Madre dolorida ...

—“¡Eh, tú, acércate! ¿Cómo te llamas?”

—“Simón. Simón de Cirene. Tengo dos hijos: Alejandro y Rufo”

Agarrándole, le obligó a coger la Cruz. El Reo había caído de bruces contra el suelo, y el Centurión temía que muriese antes de llegar al Calvario, impresionante momento de su caída que recoge la pintura de Rafael en el Museo del Prado.

Jesús intentaba levantarse. Le caía la sangre por las mejillas, la mirada triste. Pasado algún tiempo, los hijos de Simón intentaban sacarle una pincha endurecida que había quedado en el brazo de su padre y él lloraba mirándola, recordando ...

A punto de llegar arriba, una mujer valiente, decidida, salió de entre el grupo y se dispuso a enjugar el rostro del Señor

*Viendo que casi sin sangre
sube ya con torpe paso
La Verónica se acerca
y refresca con sus paños
ese rostro macilento
deshecho y ensangrentado.
Tu sangre Señor, Tu sangre
se hace de Tu faz retrato*

La Faz de Cristo impresa en lienzo. Muchos la han pintado: Strozzi, Amigoni y El Greco, entre otros. También



«Le caía la sangre por las mejillas, la mirada triste»





«Iba a vencer
a la muerte. Era
el Cristo de la
Victoria»

la de nuestro Julio Quesada, llena de emotividad, digna de estar en el mejor de los museos.

Llegaron al Calvario. Subieron los tres condenados, los verdugos y algunos soldados. Parece escucharse el sonar de los martillos; primero un clavo, luego otro y otro ... Alzaron la Cruz y arrimándola a un agujero cavado en la roca la hincaron en él, dejando a Cristo suspendido en ella.

Allí estaba Cristo, el del Perdón, el de "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". Desde su terrible corona de espinas salían refulgentes y doradas potencias: señal de victoria. Iba a vencer a la muerte, era el Cristo de la Victoria. Y estaba allí, con el pelo lleno de sudor envuelto en sangre, con negros mechones que apenas dejaban ver su rostro. Arriba en lo alto de la Cruz, el título que Pilato mandó escribir: INRI (Iesus, Nazarenus, Rex Iudeorum).

Mis miradas se dirigieron hacia sus pies por ver si estaba allí aquella inscripción que había grabado el Maestro Benlliure: "Acuérdate Señor de tus siervos y siervas que nacidas en Crevillente, murieron con el sueño eterno de la paz". Oración dedicada a nuestros difuntos, en el Cristo de Difuntos y Ánimas. Y María sigue hacia el Calvario.

*Y dicen las gentes todas
de Crevillente, a su paso:
"¿Dónde vas, Virgen María
en noche de Día Santo?"
Por ella responde Juan,
que la lleva de su brazo.
A María Cleofás
le tiemblan locos los párpados
y apoya la sien dolida
sobre el hombro inmaculado.
Y a María Magdalena
le nace puro en los labios
el nombre del Nazareno
todo Fe, ya sin pecado.*

José de Arimatea fue a desclavarlo. Parecen escucharse en boca de la mujer, los versos de Rafael Duyos, el hijo adoptivo crevillentino:

*¡Desatadle! ¡Desclavadle!
¡Cuidado, que es mucho peso!*

*¡Que es la Gloria, toda entera,
la que cuelga del Madero!.
¡Quitad despacio los clavos!
¡No quebréis el esqueleto
que sostuvo a Aquél que fue
de la Esperanza cimientio!
¡No ahondéis sus llagas! ¡Sin prisa!
¡Sacad los clavos primero!*

José arriba; abajo, Juan y Nicodemo sosteniendo el peso de Jesús; la mujer, arrodillada, implorando compasión. Hay muchas imágenes de pinturas y esculturas del momento del descenso de la Cruz. Pintores como Rubens, Van der Weyden; escultores como Gregorio Fernández o Juan de Juni, pero yo admiro las de Carmelo Vicent, fuente de inspiración del poeta y cofrade crevillentino.

Depositaron el cuerpo sobre el regazo de María, que dirigió con Piedad sus ojos a Aquél, ahora muerto, al que había dado a luz. Estaba Angustiada, con su corazón traspasado por un puñal y cayendo de sus ojos unas lágrimas como de cristal que resbalaban sobre sus mejillas.

*¿Cómo pudo el artista plasmarte tan hermosa?
¿Cómo pudo su genio forjar la portentosa
expresión, que resume tu rictus de dolor?
¿Cómo pudo su gubia tallarte como eres,
que no encuentro en ninguna de todas las mujeres
otro rostro que inspire tan seráfico amor?*

Así la vio Joaquín Valdés, poeta crevillentino, y así la describió con esos cantarinos versos alejandrinos.

Lienzo fino, aromas y bálsamos, mezclas de mirra y aloe. Envuelto en una sábana lo trasladaron al sepulcro que José, cerca del Calvario, había construido. Su traslado aromatizaba el ambiente. Parecía respirarse el tomillo, cantueso y rabet de gat, y que nuestra sierra había bajado a las calles crevillentinas. La comitiva de judíos avanzaba. Sólo el pisar acompasado sobre el suelo rompía el silencio del atardecer.

*¿No hay nadie? Cristo yace abandonado.
Sudario de silencio trae la brisa,*



*para Aquél que murió crucificado.
¿No hay nadie? Ese callar no se improvisa.
¡Es realidad! ¡Es Crevillente mudo
viendo al Señor pasar, muerto y desnudo!*

Y mientras, María, dirigida por Juan, el de la Tercera Palabra, junto a la Cruz vacía, llora como Reina del Mártir de los Mártires.

*La luna crevillentina
acompaña al Santo Entierro
con una mantilla antigua
palio de siglos en credo.
Campanas crevillentinas
doblan por el Santo Entierro
que en procesión por sus calles
va entre hombres y entre incienso*

María no pudo dormir aquella noche. Atravesando las calles desiertas se acercó al Cenáculo a descansar. Lloraba su dolor y Soledad; se quedó en casa.

*La Virgen no se movió,
se quedó sola, esperando.
El tímido amanecer
del domingo,
se le encendía en los párpados.
La Virgen no se movió,
se quedó sola, esperando ...*

Corrieron, corrimos hacia el Sepulcro: decían que habían robado el cuerpo de Jesús. Dos jóvenes alados habían levantado la losa y también retirado la sábana que cubría el cuerpo; todo alumbrado por la luz de una débil lámpara.

Magdalena avanzó hacia una figura grandiosa, llena de claridad, cuya túnica blanca irradiaba luz. Estaba arrodillada, con la cabeza dirigida hacia Él, en actitud orante, como nuestra Magdalena de Benlliure; su mirada era dulce, serena. Hablaban. Tan sólo tres palabras se pudieron escuchar: "Noli me tangere" ("No me toques"), salidas de la boca del Maestro. Aquellos dos cuerpos parecían divinizados. Era el modelo que sirvió a la pintura de Fra Angelico, de su fresco florentino en el Convento de San Marcos.

Seguí mirando absorto y mi mirada se dirigió hacia la bóveda celeste cuajada de estrellas, en donde estaba allí todavía, apenas centelleante con sus últimos efluvios, mi estrella. ¡Cuánto daría por estar en estos momentos celebrando con los míos la Pascua de Resurrección!. Llegar a la Plaza repleta de gente; escuchar los cánticos de alegría de los coros; ver a la Virgen desvestirse del hábito de dolor. Oír el sonido producido por el aleteo de decenas de palomas con alas multicolores, el estruendo de los badajos sobre las bóvedas de sus campanas en lo alto de la torre. Aplausos y cohetería, y el Templo de Belén abierto de par en par, lleno de luz, cuna de los nacidos de Cristo y que, desandados los caminos, regresan para descansar en la morada del Padre. Voces entonando dentro un hermoso: *¡Alleluia, Alleluia! ¡Benedicat vobis Dominum, qui fecit coelum et terra! ¡Alleluia! ¡Alleluia!*.

Mientras reflexionaba sentí sobre mi cabeza una delicada mano de mujer que, mesando mis cabellos y ofreciéndome su mano, me invitó a pasear por la placidez de la noche.

¿Fantasía, ficción, realidad? No lo sé. Como lo viví, así lo he contado: una Crónica Evangélica de la Pasión, que año tras año rememora nuestra Semana Santa. Peculiar, única, trascendental, no sólo para nosotros sino para los que la admiraron a través de la televisión. ¡Grandiosa! Por eso nos la premiaron.

Es el mejor galardón del buen hacer crevillentino a la mejor y más bella de sus tradiciones: una SEMANA SANTA, DECLARADA DE INTERÉS TURÍSTICO NACIONAL. Una joya inigualable, conservada a través de tantas y tantas generaciones.

*Hasta aquí llega mi pregón
Gracias por su atención
Buenas noches*

José Antonio Aznar Navarro

Crevillente, 19 de marzo de 2005



«Aleteo de decenas de palomas con alas multicolores, estruendo de los badajos, aplausos y cohetería»

